

1 – CRÍTICA DE LA CULTURA OCCIDENTAL (METAFÍSICA, MORAL Y RELIGIÓN)*

Nietzsche se muestra crítico con la visión oficial que desde la filología y filosofía alemanas circula sobre la cultura occidental. En su primera obra, *El origen de la tragedia* (1871), ya hace una revisión de lo que fue la cultura griega, a la que considera viciada desde su origen.

Nietzsche hace una descalificación de la cultura occidental en su conjunto. Ataca de modo particular la metafísica, la religión y la moral, pero también el arte, la ciencia, la política, el sistema educativo, el papel que desempeña la mujer, y a la multitud de intelectuales de épocas pasadas y de su tiempo a los que considera responsables del camino seguido.

Esa crítica se radicaliza, se hace más apasionada y violenta en las obras posteriores a *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie* (1883-1885): *Más allá del bien y del mal, preludio de una filosofía del futuro* (1885), una “crítica de la modernidad”; *La genealogía de la moral, un escrito polémico* (1887), en el que juzga los valores tradicionales de la moral occidental; *Crepúsculo de los ídolos, o cómo se filosofa con el martillo* (1889), una obra demoledora acerca de todo lo que se ha llamado “verdad” porque la verdad es un `ídolo` y se va acercando a su final; *El Anticristo. Maldición contra el cristianismo* (1888, publicada en 1894); *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es* (1888, publicada en 1908) es lo más parecido a una autobiografía; *La voluntad de poder* (1901), obra póstuma, en la que aparece el nihilismo y las ideas fundamentales de *Así habló Zaratustra* (el superhombre y la muerte de Dios, la voluntad de poder, el eterno retorno).

La crítica a la cultura occidental es una crítica mordaz, que se realiza a golpes. Es la **filosofía del martillo**, subtítulo de una de sus obras fundamentales: *Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. La denomina así porque su filosofía pretende golpear y derribar los conceptos y construcciones culturales occidentales con el fin de mostrar su vaciedad y de dar un nuevo enfoque al proyecto creador de la existencia. Sus martillazos se descargan sobre tres aspectos fundamentales de la cultura occidental: la **metafísica**, la moral y la religión judeocristina

La filosofía del martillo adquiere la forma de una **transmutación** (o inversión) de valores. Frente a los antiguos valores griegos que expresaban la vida misma, en la cultura occidental sólo quedó lugar para una preocupación por ideas conceptualizadas apartadas de todo lo que podemos sentir como vida. Para referirse a esta pérdida de aquellos antiguos valores clásicos, Nietzsche utiliza el término **decadencia**.

Crítica a la metafísica

Nietzsche muestra admiración por los filósofos presocráticos (por ejemplo, Heráclito, VI a. C.), porque miraban el mundo tal como aparece, con mezcla de razón y pasión, de lo apolíneo y de lo dionisíaco.

Pero esta admiración da paso a una crítica que se inicia con el análisis del papel desempeñado por **Sócrates** en la constitución de la filosofía occidental. La ecuación socrática “razón (saber) = virtud = felicidad” le parece extravagante y contraria a la vida, puesto que, para él, la felicidad es equivalente a instinto en una vida de plenitud ascendente. Con Sócrates se destruyó el equilibrio entre lo apolíneo y lo dionisíaco. Por eso él es el máximo responsable de la degradación de lo que había de vital en la civilización: considera que esta vida no merece la pena vivirla, y poco antes de su muerte renuncia a huir y agradece que se la arrebatan. La razón de que no acepte vivir está en el sufrimiento que comporta vivir la vida tal como es, en el pánico al sufrimiento.

Tras la crítica a Sócrates inicia el ataque global a la metafísica comenzando por **Platón**, a quien acusa de iniciar junto con aquél la decadencia en el pensamiento griego. A los dos se les hace insoportable el sufrimiento y por eso se evaden de él y se inventan un mundo maravilloso, situado fuera de lo terrenal, sensible y material, en el que no se sufre y se es feliz: el mundo suprasensible platónico, donde no cabe ninguna imperfección. Es el mundo de la metafísica. El hombre inventa la metafísica para huir de la caducidad y darle a su existencia un significado infinito.

Por el contrario, Nietzsche prefiere retrotraerse a Heráclito porque éste se aferra al mundo terrenal, aparente, sensorial, en constante cambio y devenir. La **verdad es lo que aparece**, ya que no hay otra realidad. La metafísica es una falsificación de las cosas.

La metafísica es, pues, una inversión del mundo, un mundo al revés; un invento para huir de la caducidad, del cambio, del tiempo, en suma. Y este idealismo creador de ficciones debe ser desenmascarado.

La conclusión no puede ser más clara: hay que pedir a los filósofos del futuro que destruyan a martillazos toda metafísica vacía, todo lo que se viene llamando oficialmente verdad, y que sólo acepten las apariencias, lo que se ve. Nietzsche propone la **inversión** de la **ontología** y de la valoración que se hizo hasta ahora. Lo que hasta aquí se había considerado apariencia –lo sensible, lo temporal, lo que fluye en el devenir– es lo real para Nietzsche, y, por el contrario, lo que hasta ahora se creía el verdadero ser –lo intemporal, lo eterno, Dios– no es más que fantasía e invención platónica.

Nietzsche ha hecho una crítica a la metafísica en su aspecto ontológico (ontología = teoría del ser), pero realiza además una crítica a la metafísica en su **aspecto gnoseológico** (gnoseología = teoría del conocimiento) en la que ataca toda forma de conocimiento que pretenda interpretar al ser como lo fijo, inmutable, eterno, etc. Para ello:

1. **Niega validez al “concepto”** para conocer la realidad; y en su lugar, pretende poner la metáfora como más adecuada para referirse a aquélla
2. **Crítica la matematización** de la realidad (que nace de manos de la ciencia y la filosofía modernas, con Galileo y Descartes), ya que con ella se deja fuera de la ciencia, del saber, de lo real, aquellos valores de la vida que no son susceptibles de matematización, de reducción a cantidades, tales como las pasiones, el amor creador, etc.
3. **Niega todo valor a la verdad en sí.** La verdad debe estar como el conocimiento, al servicio de la vida. Una forma de conocer que niegue la intensidad de la vida debe ser rechazada. El engaño y la mentira pueden ser un valor positivo. Así, el arte puede ser una forma de disfrazar la vida, pero la intensifica.
4. Una tesis central en la teoría del conocimiento de Auguste Comte (1798-1857) y los positivistas es la de que hay que atenerse a los puros hechos. Frente a esto Nietzsche considera que **no hay puros hechos**, que todo hecho es siempre fruto de una interpretación (concepción, teoría o manera afectiva de relacionarse con el mundo. Nietzsche sostiene que la **psicología** del propio observado **también cuenta**.
5. **Crítica la usurpación de la ciencia por el Estado:** el Estado es una máquina que todo lo nivela y que desprovee de vida a cuanto toca.
6. **Niega valor a la noción científica de progreso**, otro mito moderno con que el hombre pretende huir de sí mismo, subordinando a su vida a un quimérico futuro.

Crítica a la moral

La crítica más profunda de Nietzsche a la cultura occidental es la crítica a los valores morales. El principal error de la **moral tradicional** es su **“antinaturalidad”**, es decir, el ir contra la naturaleza, contra la vida. Así ha sido la moral enseñada hasta ahora, una moral que en virtud de leyes, normas e imperativos, se opone y mata los instintos primordiales de la vida. La vida descansa sobre unas bases que están en contra de la moral tradicional. Pero la vida es lo único real, la moral es ficción, falsedad, calumnia...

Dice J. Hirschberger: `no nos parece que Nietzsche sea un enemigo tan acérrimo de la moral. Todo lo contrario. Tan solo rechaza una moral concreta, la alemana, burguesa, cristiana, idealista. Lo que él pretende es poner otra moral: la moral de la vida. La vida es voluntad de poder´.

La base filosófica de esta moral contra-natural es el platonismo y su teoría de los dos mundos: el mundo de las Ideas sirve de “más allá” religioso para los cristianos, de tal manera que acabó convirtiéndose en la metafísica cristiana. El centro de gravedad se pone, no en esta vida, sino en la otra, en el mundo de las Ideas, en el hombre celeste. Hay una evasión respecto al mundo real, respecto al hombre concreto, viviente.

Al afirmar que existe un orden moral del mundo que dirige la historia de los hombres, lo que se ha hecho es afirmar que alguien desde fuera del mundo, desde fuera de la vida, dirige a los hombres.

Nietzsche distingue **dos formas de ser** que se reflejan en **dos tipos de moral** bien diferenciadas: la moral de señores y la moral de esclavos.

- a) **Moral de señores.** Nace de los espíritus elevados. Es una moral caballeresca, **creadora**, que implanta valores y por eso es **activa**, una moral propia del “superhombre”. Ama la “muerte de Dios”, la vida, el poder, la grandeza, el placer, y defiende que es **bueno** todo lo que ennoblece la vida; y **malo** lo que la degrada.

El señor es arrogante y altivo, se cree superior al resto; se siente dominador y mantiene el control pleno sobre la propia vida. El **héroe** y el **guerrero** son los **prototipos morales**. El grupo que forman desprecia al resto de los humanos.

- b) **Moral de esclavos.** Nace del miedo. Es la inversión de los valores que nace con el judaísmo y hereda el cristianismo: el dolor, la pequeñez, la humildad, amabilidad, compasión, resignación, paciencia... **No crea** estos valores, sino que los encuentra ante sí y es por eso **pasiva**. No es una moral de acción, sino de reacción y de resentimiento. Bueno es igual a pobre, necesitado, impotente, enfermo, feo.

Su raíz está en el instinto de venganza contra toda forma de vida superior, y pretende la igualdad de todos los hombres. Es **propia** de la masa, **del rebaño**. No hay aspiraciones por encima de la muchedumbre, por eso defiende la igualdad y ataca la jerarquía: es la moral de la democracia —mide a todos por el mismo rasero—. Es la moral de la mediocridad, se mueve por el instinto de venganza.

El esclavo es un resentido; eleva a virtudes sus flaquezas. Por eso ensalza la vida pobre y de renuncia, la solidaridad con los pobres y enfermos. La fuerza del esclavo radica en la reunión del rebaño. Todos tienen el mismo enemigo: el fuerte y poderoso, las elites, la vida ascendente.

Establecida la distinción entre moral de señores y moral de esclavos, Nietzsche examina la historia de la cultura occidental y constata un creciente ascenso de los valores de los débiles frente a los de los fuertes. Y, si bien la primera moral que existió fue la moral del señor, que exalta la **fuerza** y la **independencia** y que se encuentra en el origen de toda cultura, después una rebelión de esclavos, obra de los judíos y del cristianismo, produjo la inversión de los valores morales: el resentimiento acumulado por los antiguos **oprimidos** generó unos **valores que elogian a los débiles**. Esta moral de esclavos culmina en los movimientos sociales de liberación que empiezan en la Revolución Francesa y que se extienden a través del siglo XIX. Para superar esos decadentes valores cristianos, el Occidente va a poner en su puesto al “superhombre”, libre de toda servidumbre religiosa, de todo dogmatismo católico.

En la moral de esclavos ha desempeñado un papel importante el **resentimiento**. Mientras los guerreros arriesgaban sus vidas peleando en la batallas, en la retaguardia, junto a las mujeres y niños, quedaron los sacerdotes. La vuelta de los guerreros victoriosos los eclipsó y minó su anterior protagonismo, pero no se resignaron a perderlo y emprendieron una labor de zapa contra los nuevos héroes. El resentimiento se vuelve creador. Se confabulan junto a la masa de esclavos frente a los poderosos. Ahora hacen del vicio, virtud, elevando al primer plano las **prácticas del rebaño**, como la humildad o la ascesis y oponiéndose a la belleza, a la felicidad, a lo instintivo. El ideal ascético es una creación de la casta sacerdotal, también el concepto de pecado y la forma de remediarlo.

El verdadero problema de la filosofía son los valores. Tanto la forma de enfocar la metafísica como el conocimiento dependen de valores frecuentemente ocultos. La importancia que da Platón al mundo

suprasensible tiene que ver con la defensa de las elites sociales: los conceptos platónicos de mundo suprasensible o el de la realidad como Idea y el problema del conocimiento, tienen que ver con la valoración que se hace del mundo terrenal y con la elite social a la que pertenece el mismo Platón.

Crítica a la religión

El presupuesto básico de esta crítica es la defensa del **ateísmo** (“muerte de Dios”).

Rechaza las religiones porque se originaron a partir del miedo y de las angustias humanas. Ataca de modo particularmente radical a la religión cristiana. El cristianismo

- supone el extravío más fuerte de los instintos: ha invertido los valores de la antigua Grecia y Roma, que eran valores de vida, lo que le ha llevado a inventarse otro mundo y despreciar este;
- sólo fomenta los **valores mezquinos** como la obediencia, el sacrificio, la humildad, que son propios del rebaño, y destruye los valores del mundo griego, los **valores fundamentales** (libertad, orgullo...).

Las religiones han inventado, también, el concepto de pecado, de culpa y castigo, para hacer necesaria la redención y el sacerdocio y el perdón. La superación de este estadio sólo puede llevarla a cabo el hombre nuevo, el **superhombre**, el creador de nuevos valores.

En el contexto de esta fabulación religiosa cobra especial importancia **la muerte de Dios** (de Cristo, que se entrega voluntariamente a la muerte para obtener el perdón de los pecados humanos). La muerte de Dios significa una crítica radical a la religión, a la moral y a la metafísica, la supresión de la trascendencia de los valores, el descubrimiento de que estos son creaciones humanas, la liberación de un gran peso que abrumba al hombre (el peso de la idea de un más allá —la idea de Dios es lo que impide al hombre ser hombre, llegar a ser el superhombre—), el derrumbe de los pilares que sostenían la tradición, la historia y la cultura de Occidente y el creciente abandono de la visión y práctica religiosa cristiana del mundo en la cultura europea. Sus raíces se encuentran en:

- Renacimiento (antropocentrismo);
- Racionalismo: la razón como fundamento de todo (Descartes);
- Ilustración: el poder del pueblo, no de Dios;
- Positivismo: sólo la ciencia.

Este fenómeno se llamó también “**secularización de la cultura**”. Supone la sustitución progresiva de la idea de Dios como “sentido” del mundo, apoyo de la autoridad establecida, garante del orden moral y político, etc., por otros ideales como la Razón, la Ciencia o la idea de Progreso, la Humanidad...

El pensamiento resultante es que no hay lugar para Dios en la cultura moderna. Este es su pensamiento: por fin la cultura europea se ha liberado del peso de Dios: “*nosotros hemos matado a Dios*”. Ello significa asimismo que, tras la desaparición de Dios, el mundo adquiere un nuevo centro de interés: el **amor a la tierra**, y que se han subvertido todos los valores de la vieja humanidad para que pueda nacer el **superhombre**.

“¿Dónde se ha ido Dios? Yo os lo voy a decir. Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo. Todos somos sus asesinos. ¿No oís todavía los gritos de las sepultureros que entierran a Dios? Dios ha muerto. Y somos nosotros quienes le hemos dado muerte... Se cuenta que el loco penetró un día en las diferentes iglesias y entonó un réquiem aeternam Deo. Expulsado e interrogado no cesó de responder: ¿de qué sirven estas iglesias si son las tumbas y los monumentos de dios? (La Gaya ciencia: “Parábola del loco de la linterna”)



2 – EL NIHILISMO Y LA TRANSMUTACIÓN DE VALORES*

Desde su preocupación por la situación política y cultural alemana del momento (unificación de Alemania y su expansión colonial; romanticismo, vitalismo, historicismo), Nietzsche considera que la cultura europea ha llegado ya a su ruina, a la decadencia y al **nihilismo**. (Nihilismo –del latín, *nihil* = nada– es un término empleado, en general, para descalificar –polémicamente– cualquier doctrina que niegue o no reconozca realidades o valores que se consideran importantes).

Los sistemas democráticos, el Socialismo y la cultura industrial son también formas de decadencia para Nietzsche. Una cultura alemana ideal tendría que ponerles fin a todos estos fenómenos de decadencia: Judaísmo, Cristianismo, ciencia especializada, Socialismo...

Esta decadencia que Nietzsche denuncia no afecta solamente a Alemania, sino que es un fenómeno de degeneración global de la cultura de la humanidad. La decadencia de los anteriores valores de la vida, la pérdida del sentido de la existencia, es lo que Nietzsche llama **nihilismo**. Acusa a la religión, en particular a la cristiana, como responsable de esto.

También por la vía del conocimiento se puede caer en el nihilismo, manteniendo como verdad lo que es fruto de una racionalización, y esto es lo que aconteció con la filosofía y la ciencia occidental a partir de Sócrates y Platón.

El nihilismo no es una teoría filosófica, es la consecuencia de la historia de nuestra cultura occidental, la consecuencia propia de la muerte de Dios proclamada por Nietzsche, de la ausencia de valores, de la falta de metas y respuestas a los porqués que se habían respondido desde Dios, base de la cultura occidental. Con el derrumbamiento de la divinidad se viene abajo todo el edificio cultural occidental apoyado sobre ella. Términos como “Dios”, “más allá”, “vida verdadera”, “salvación”, dice en la obra *Anticristo* (1888), son sinónimos de “nada” (lat., *nihil*). En fin, se ha perdido el sentido de orientación de nuestra existencia: estamos perdidos, sin brújula, en el desierto de la historia. Es el tiempo del “**último hombre**” (el que precede al “superhombre”). Pero lejos de desanimarse ante este panorama desierto, Nietzsche lo ve con optimismo, porque piensa que es el punto de partida para dar a luz a un nuevo ser, a una nueva cultura.

Solamente una transvaloración, que el “**superhombre**” –que afirma los valores de la vida– está en condiciones de realizar, permitiría la superación de este nihilismo, de esta negación de la vida que llevaron a cabo la moral, la religión la filosofía e incluso la ciencia.

El nihilismo es un proceso ambivalente y dialéctico. **Ambivalente** porque posee dos caras: una negativa: el **nihilismo pasivo**, que constituye la esencia de la tradición platónico-cristiana. Es símbolo de decadencia y desintegración de valores, y propio de los que se quedan pasmados contemplando el panorama vacío y paralizados sin actuar; y una cara positiva: **nihilismo activo**, signo de la voluntad de poder como característica peculiar de la vida, propio de aquellos que lograron entender su significado y se apresuraron a destruir las ruinas de los viejos valores (**no se derrumban por sí solos**), y, además, empezaron a construir otros nuevos **transmutando** los existentes: se desprecia lo ultramundano por decadente y se revaloriza lo terrenal y vital. El lugar ocupado por Dios, lo ocupa ahora la tierra y la vida. **Dialéctico** porque consiste en un movimiento o fuerza que va de lo negativo a lo positivo. Negar para afirmar, destruir para crear.

Toda la crítica de Nietzsche a la cultura occidental es manifestación del nihilismo activo que intenta adelantarse al nihilismo pasivo y crear una civilización nueva antes de que se derrumbe definitivamente la antigua. Todos los escritos posteriores a *Así habló Zaratustra* (1883-1885) están marcados por la idea de transmutación (inversión) de todos los valores, por la necesidad de destruir definitivamente los viejos ideales y crear otros nuevos: la vida será el fundamento de todos ellos. En sus obras *Más allá del bien y del mal* (1885) y *La genealogía de la moral* (1887), Nietzsche analiza el origen de los valores. Para él, la categoría de toda moral depende de cómo reconozca el valor de la vida, de cómo se ajuste a la voluntad de poder.

El nihilismo de Nietzsche es, además, un nihilismo práctico, por centrarse en la moral, por negar todos los valores de la cultura occidental por decadentes. ☼ ☼ ☼

3 –LA VIDA Y LA VOLUNTAD DE PODER. LO APOLÍNEO Y LO DIONISIACO*

La vida y la voluntad de poder

Nietzsche intentó compensar su débil salud con una voluntad férrea por vivir e imponerse a su naturaleza enfermiza. Para Nietzsche, el mundo, el hombre y la vida son voluntad de poder. El concepto “voluntad de poder” ya aparece en los primeros escritos de Nietzsche, aunque nunca llega a precisarlo, razón por la que se ha interpretado con diferentes sentidos. La “voluntad de poder” no es la voluntad de los psicólogos (una voluntad abstracta e indiferente). Ni tampoco coincide con la voluntad de Schopenhauer (la “voluntad de existir”). Tampoco es la voluntad pasiva, la “voluntad de obedecer” o la “voluntad de la nada” del nihilismo (voluntad aniquiladora únicamente). Tampoco es la “voluntad de verdad” del hombre teórico (simple reflejo pasivo del mundo); o la voluntad que busca el placer y evita el dolor (el dolor no es algo negativo, según Nietzsche: actúa como estimulante de la voluntad); o la voluntad que aspira al poder, porque tal aspiración supondría una subordinación del individuo a los mecanismos sociales, políticos o incluso psicológicos, de los que depende el poder. Ni siquiera es, simplemente, una “voluntad de vida”. Al contrario, la vida es voluntad de poder, y esta última es la **voluntad de ser más**, de vivir más, de superarse, de demostrar una fuerza siempre creciente, en una palabra, es voluntad **de crear**. La voluntad de poder no es un mero poder de conservación, sino una voluntad de expansión, de desarrollo del poder, de fuerza, de potencia vital que está presente en todo ser vivo. El mundo, el hombre, la vida, son voluntad de poder. Ya en las primeras células vivas hay reacción hacia lo beneficioso y contra lo hostil expresada mediante la apertura o el cierre de membranas: *“En todos los lugares donde encontré seres vivos, encontré voluntad de poder; e incluso en la voluntad de poder del que sirve encontré voluntad de señor”* (Así habló Zaratustra).

Su interés por los valores morales hace que la voluntad de poder sea, en gran medida, **voluntad creadora de valores** nuevos y aniquiladora de los tradicionales. También en el conocimiento se revela la voluntad de poder, ya que conocer es dominar. Todo conocimiento supone valoración y selección: interesan unas ideas y se abandonan otras, según beneficien o no. Esa voluntad de poder actúa sobre los demás, no para oprimirlos, sino proyectando sobre ellos los propios valores, afirmándose más a sí mismo a la vez que lleva a actuaciones valiosas.

Lo apolíneo y lo dionisiaco

Nietzsche se muestra crítico con la visión oficial que desde la filología y filosofía alemanas circula sobre la cultura occidental. En su primera obra, *El origen de la tragedia* (1871), ya hace una revisión de lo que fue la cultura griega. Considera que la cultura occidental está viciada desde su origen.

La investigación de Nietzsche acerca de la cultura griega no se circunscribe al siglo V, el de los grandes filósofos, literatos y artistas; va más allá y se remonta a los presocráticos, a la época en que se apreciaba el valor de la naturaleza y en la que el coro era el protagonista en las representaciones teatrales. Esa es la Grecia de la que habla Nietzsche, la Grecia en la que se valora la vida.

Nietzsche desconfía de la versión oficial de la cultura griega y ofrece otra: la obra griega no sólo es fruto de la dimensión apolínea, sino también de la dimensión dionisiaca. Entiende que las fuerzas originarias de la cultura griega habían sido dos fuerzas estéticas que se combaten mutuamente, pero que no pueden existir una sin la otra: lo **apolíneo** y lo **dionisiaco**. Afirma que la tragedia clásica griega nos muestra estas dos fuerzas que componen la realidad: el espíritu dionisiaco, que contiene los valores de la vida, y el espíritu apolíneo, que contiene los valores de la razón.

El espíritu dionisiaco deriva del dios Dionisos, que representa las tinieblas y la noche, la borrachera, el desenfreno y la música, el flujo profundo de la vida misma, lo pasional; que rompe todas las barreras de la

realidad concreta y que ignora todas las limitaciones, que refleja la unidad primordial de todo por encima del principio de individuación. El culto a Dionisos procede de Tracia y desde allí se extendió por toda Grecia e Italia, donde recibió el nombre de Baco.

El espíritu apolíneo, por el contrario, deriva del dios Apolo, que simboliza la luz, la armonía racional, la perfección, la serenidad, la medida, el límite, el principio de individuación de las realidades sensibles, la base del arte figurativo, del orden social, y, en definitiva, de todo lo determinado y delimitado.

Nietzsche considera que la Grecia presocrática no olvidó a ninguno de los dos dioses: en el equilibrio griego apolíneo, podemos encontrar la pasión dionisiaca. Así, el arte de la tragedia clásica griega muestra y mantiene lo más profundo de la existencia humana: la oposición irreconciliable entre dos órdenes de valores: los de la vida (espíritu dionisiaco) y los de la razón (espíritu apolíneo). El arte trágico es una valiente y sublime aceptación de la vida, un sí a la vida, a pesar del dolor que esta comporta.

La realidad básica y fundamental es lo trágico, una realidad ambivalente en la que están fundidos los contrarios: la vida y la muerte, la luminosidad del día y las tinieblas de la noche.

Pero lo trágico no se capta por la razón, sino a través del arte. Los griegos lo entendieron al convertir en arte el sufrimiento inevitable: participaban en las representaciones teatrales de las tragedias y las vivían como ningún otro pueblo. La tragedia reúne en sí el espíritu dionisiaco y apolíneo.

Nietzsche contradice a sus colegas filólogos germanos que atribuyen “el milagro griego” al espíritu apolíneo: la creación artística, filosófica, literaria y científica se debe, sobre todo, a la fidelidad a la racionalidad, al deseo de transmitir con lo estético equilibrio y armonía (visión apolínea, centrada sólo en la belleza y en la razón); y dejan a lo feo, lo horroroso, lo trágico sin cabida en el concepto que circula sobre la cultura griega. Para Nietzsche, la obra creadora de los griegos se debe principalmente a lo dionisiaco, que se mostró en el teatro en el protagonismo del coro (pueblo) de las representaciones teatrales. Pero la tragedia griega pereció desde el momento en que Eurípides (480 - 406 aC) trivializó los personajes y quitó importancia al coro: con él según Nietzsche, desapareció el elemento dionisiaco. La tragedia surgió *“del coro trágico que en su origen era únicamente y nada más que coro”*.

Sócrates es un personaje antigriego y antitrágico. En él reconocemos al adversario de Dionisos. La tesis de Eurípides es que “todo tiene que ser consciente para ser bello” y la de Sócrates es que “todo tiene que ser consciente para ser bueno”. Sócrates supone el triunfo de la razón sobre lo trágico, un mundo al revés.

El racionalismo socrático trae, según Nietzsche, la decadencia de la cultura griega y de la auténtica filosofía: los elementos morales e intelectuales se impusieron y se inició el predominio histórico de todo aquello que es lógico y racional, es decir, de los valores apolíneos por encima de los dionisiacos. Sócrates es el gran corruptor: con él triunfa el “hombre teórico” sobre el “hombre trágico”, él impone el optimismo de la ciencia; con él, el diálogo platónico substituye a la tragedia griega. Sócrates prefirió la muerte a la vida

Es necesario recuperar la “visión trágica” del mundo, perdida a partir de la desviación socrático-platónica: una realidad en la que la vida y la muerte, el nacimiento y la decadencia de lo finito se entrecruzan. Nietzsche se convierte en el gran defensor de la actitud dionisiaca de aceptación de la vida tal como es, con el dolor y la muerte que comporta. Fue el gran crítico de la actitud de renuncia y de huida ante la vida, iniciada por Sócrates y asumida por el pensamiento cristiano. En la realidad hay dolor y destrucción, pero el camino superior para enfrentarse a esta realidad no es la renuncia ni el ascetismo, sino el arte, un arte que afirme la vida en su plenitud.

Nietzsche afirma que existe una *“contraposición eterna de lo apolíneo y de lo dionisiaco”*, una lucha entre la consideración *teórica* y la consideración *trágica del mundo*. Gracias a la filosofía y a la música alemana (concretadas en las figuras de Schopenhauer, 1788-1860 y Wagner, 1813-1883, respectivamente) vuelve a triunfar lo trágico-dionisiaco. Nietzsche conservará siempre esta predilección por lo dionisiaco, a pesar de su posterior ruptura con Wagner y Schopenhauer. El mismo personaje de Zaratustra tiene rasgos dionisiacos, aunque transfigurados.

Apolo frente a Dionisio	
Luz razón, apariencia-fenómeno, “principio de individuación” armonía y medida, cordura y trabajo metódico, alegría solar, arte figurativo.	Noche, oscuridad voluntad, irracionalidad cosa-en-sí el uno primordial, impersonal lo caótico borrachera y pasión, dolor cósmico
En la tragedia	
Palabra, personajes (reyes)	Música y danza, coro (pueblo)
Apolo	Dionisio
<p>Era hijo de Zeus y de Leto. Nació en primavera en la isla de Ortigia. Para celebrar su nacimiento, los cisnes sagrados dieron siete vueltas a la isla. Se asentó en Delfos, no sin antes enfrentarse y dar muerte a la famosa serpiente Pitón, que asolaba el lugar. Terminó siendo el dios griego más importante, después de Zeus, y el que mejor representaba el espíritu griego como racionalidad, hermosura y armonía. Parece que Apolo desplazó de Delfos a otras divinidades helénicas anteriores.</p>	<p>Significa “nacido dos veces”. Era hijo de Zeus y Sêmele, pero éste la fulminó con el rayo cuando estaba embarazada de seis meses. Hermes salvó al feto cosiéndolo a una pierna de Zeus, donde completó los tres meses restantes de gestación.</p> <p>Era el dios griego del vino, la embriaguez y la vegetación. Su culto estuvo muy extendido por Grecia, sobre todo en Atenas (ss. V-IV) y luego pasó a Roma. Recibía numerosos sobrenombres: Baco, Ditirambos, Zagreo....</p> <p>Se pensaba que habitaba en lo alto de las montañas. Los cultos dionisiacos consistían en orgías místicas en las que la voluptuosidad y crueldad rompían todas las reglas y dejaban lugar al desenfreno y a los instintos. Los participantes trataban de conseguir el éxtasis, la unión con el dios por medio de juegos, carreras y bebiendo vino (“furor béquico”). para ser poseídos por el dios; en el Ática se organizaban en primavera fiestas del vino, concursos de poesía ditiirámbica y representaciones teatrales</p>

4 –EL SUPERHOMBRE Y EL ETERNO RETORNO*

El superhombre*

Desarrollada su crítica a la cultura occidental, Nietzsche afirma la necesidad de construir sobre sus ruinas los fundamentos de una nueva civilización. Ahora bien, antes de crear los propios valores hay que destruir los existentes.

La labor de construcción, con la que se pretende superar el nihilismo en el que ha desembocado la Europa enferma y decadente, se expone en los cuatro grandes temas: la muerte de Dios, la aparición del superhombre, la voluntad de poder y la teoría del eterno retorno.

Nietzsche nos anuncia que Dios ha muerto. Esta muerte inaugura un tiempo nuevo: ya no hay ideales, normas, principios ni valores erigidos por encima de nosotros mismos. Pero ¿qué podemos hacer ante la muerte de Dios? Sólo se puede elegir entre dos posiciones: o bien la del “último hombre”, la del hombre que vive la última civilización, o bien la del “superhombre”.

Nietzsche ve en su propio tiempo el reino del “último hombre”, el hombre que vive el triste final de una civilización en la que habían dominado los valores que ahora ya están muertos. Es el reino del hombre que se ve precipitado al nihilismo.

El nihilismo o negación absoluta es el estado del hombre carente de objetivos por los que merezca la pena luchar, carente de fuerza para trascenderse: es el estado del hombre transformado en vegetal, el hombre de la vida moderna que sólo busca la comodidad y el placer cotidianos, y no metas ideales. Es nihilista la civilización occidental cuando quedó sin valores, cuando descubre que los valores que tenía son falsos.

Ahora bien, esta negación absoluta de los antiguos valores abre la posibilidad de afirmar valores totalmente nuevos. El hombre nuevo, el superhombre, constituirá el polo opuesto al último hombre y será el ser capaz de estar a la altura de un acto tan inmenso como el asesinato de Dios; es el **nuevo dios**, un dios **terrenal**. que va a crear nuevos valores: los valores de la vida.

El superhombre que anuncia Zarathustra es, fundamentalmente, **un tipo moral**. No es una nueva raza como de forma burda interpretó el nazismo. Nietzsche no es racista –incluso desprecia lo alemán –; ni es una nueva especie que deba aparecer como resultado de la evolución biológica, tampoco es un extraterrestre venido de otro planeta: Si algo caracteriza al superhombre es su carácter terrestre, el estar aferrado a esta tierra. El superhombre es la meta hacia donde camina la historia; es el estado al que llega el ser humano cuando haya renunciado y rechazado la actual tabla de valores, el ideal cristiano-judaico-democrático. Es una mezcla de sensibilidad y coraje, de intuición y poder, las personalidades de Alejandro Magno, Napoleón, o César Borgia (grandes hombres, no por lo que tengan poder político o militar, sino por lo que tienen de artistas, es decir, porque han hecho de la política o de la guerra un arte para dar forma a la sociedad) en una persona. Su fuerza excepcional le viene de la conciencia que tiene de la muerte de Dios.

Simplemente contraponen su "superhombre" al «último hombre», es decir, al «hombre más despreciable, el incapaz de despreciarse a sí mismo». Pero sus contemporáneos difícilmente entenderían a quién o a qué se refería Nietzsche con la expresión "superhombre". En el prólogo de *Zarathustra* hay un pasaje donde la multitud se burla de Zarathustra y le dicen: “¡Danos ese último hombre, Zarathustra —gritaban— haz de nosotros esos últimos hombres! ¡El superhombre te lo regalamos!”. Nietzsche sabía que su propuesta del superhombre no sería entendida por la mayoría. Por eso tituló su libro “*un libro para nadie*”.

Cómo aparecerá el superhombre es algo que Nietzsche no explica. Aunque se menciona a lo largo de toda su obra, la conclusión primordial no quedó expuesta, debido, tal vez, al ataque de locura que se produjo algunos años antes de su muerte. Se deduce que lo traerá el “**eterno retorno**”, de manera que tendría que ser más bien «el hombre primero», el inocente hombre primitivo que aun podíamos encontrar entre los presocráticos. En cualquier caso, para Nietzsche, no aparece de súbito, sino que es fruto de sucesivas transformaciones

(autosupresión). Para llegar a él, el hombre europeo tiene que “*autosuprimirse*” -expresión muy utilizada por el filósofo-. Esta autosupresión, que pasará por tres fases, es explicada por Nietzsche al comienzo de *Así habló Zaratustra*, mediante las imágenes del camello, el león y el niño.

El **camello** se arrodilla para cargar con el peso que le arroja el gran dragón: el deber (“*¡Tú debes!*”) representa el aguante de la pesada carga del deber, del ser humano racionalista, sometido a la ley y la obediencia, que soporta estoicamente. Sin embargo, el camello deberá transformarse en niño.

El **león** es la fuerza de la humanidad que se rebela y ya no está dispuesta a seguir sometida a las leyes divinas y humanas. Es el nihilismo destructor de viejas estructuras. Es el hombre que crea su libertad diciendo “no”, que se libera de sus yugos. Es el “yo quiero” que se enfrenta al “tú debes”. Su carácter negativo y destructivo le condiciona. Sin embargo, el león deberá transformarse en niño.

El **niño** representa la inocencia, mirar las cosas sin los prejuicios de los mayores. Ve la vida como un juego en el que destruye y crea nuevos valores, hace un mundo nuevo. Es un verdadero creador.

Con la llegada del superhombre surge una nueva visión de:

La **moral**. La muerte de Dios impulsa la voluntad y libertad del hombre, que rompe las viejas cadenas de leyes obsoletas que le ataban y le impedían actuar por sí mismo.

El **mundo**. Se borra la imagen del mundo ideado por los metafísicos y se afirma un nuevo mundo con toda su carga trágica, donde la felicidad y el sufrimiento van unidos.

El **ser humano**. Se rompe con el viejo dualismo que despreciaba el cuerpo y se preocupaba en exclusiva por el alma. Se acepta el cuerpo en su integridad y en su unión a la tierra, ya que no hay más mundo que este.

Con el superhombre se supera el nihilismo y aparece un nuevo tipo humano confiado en sus fuerzas, sin más leyes que las propias y que se da a sí mismo la finalidad que le apetece. Ya no hay imperativos válidos para todos. Cada uno es autosuficiente y libre para afrontar la vida.

El eterno retorno

Para Nietzsche éste es el tema clave de *Así habló Zaratustra* (1883-1885) especialmente **en su 3ª parte**. El tema está tomado de la mitología, y está presente en el pensamiento griego: Heráclito, Pitágoras y Platón defienden una visión circular y cíclica del tiempo. En *La voluntad de poder* intenta refutar la concepción lineal y teleológica del universo: «Si el universo tuviese una finalidad, ésta debería haberse alcanzado ya. Y si existiese para él un estado final, también debería haberse alcanzado». Esto significa que no hay más mundo que éste, y niega cualquier “trasmundo” platónico o cristiano. Éste es nuestro único mundo, y cualquier huida a otro es un alejamiento de la verdadera realidad. La consigna es «permanecer “fieles a la tierra”». Considera envenenadores a quienes hablen de esperanzas supraterrales.

El «eterno retorno» adquiere en Nietzsche un sentido axiológico, moral: es el supremo valor, la fidelidad a la tierra, el “sí” a la vida y al mundo surgido de la voluntad de poder. Y Zaratustra es «el profeta del eterno retorno». Con esto afirma dos cosas al mismo tiempo:

- El valor o la “inocencia” del devenir y la evolución (a favor de Heráclito y en contra del platonismo).
- El valor de la vida y la existencia (contra cualquier filosofía pesimista).

El eterno retorno simboliza, en su eterno girar, que este es el único mundo (una historia lineal conduce hacia “otro mundo”); además que todo es bueno y justificable (puesto que todo debe repetirse). La imagen de un mundo que gira sobre sí mismo, pero que no avanza –como una peonza–, es la imagen de un alegre juego cósmico, de una canción de aceptación de sí mismo, de bendición de la existencia .

Cuando se admitía la existencia de Dios, se consideraba que de Él manaba el tiempo y a Él volvía. Las cosas perecederas y caducas eran barridas por el tiempo y solamente escapaba lo espiritual, que volvía a su patria eterna. Todo aquel que no podía escapar al tiempo debía perecer. Nietzsche pretende recobrar la eternidad para este mundo.

La fórmula del eterno retorna expresa, pues, el deseo de que todo sea eterno, “*el amor fati* (amor al destino): *el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado, ni en el futuro, ni por toda la eternidad*”. De este modo, la filosofía de Nietzsche se convierte en una filosofía afirmativa, a pesar de aparecer, tan frecuentemente, como una filosofía que sólo sabe decir no (pero sólo dice no a lo que Nietzsche considera negativo y destructivo).